

MESA NÚMERO 30

COORDINADORES: -LISANDRO HORMAECHE

-OMAR JEREZ

-PROFEZOR CRUZ

**LAS REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE LOS ABORIGENES
PAMPEANOS DURANTE EL SIGLO XIX.**

PROF. ANDREA PIANOVİ

**INSTITUTO DE HISTORIA AMERICANA- FACULTAD DE CIENCIAS
HUMANAS- UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA**

DNI. 20.210.945

Andrea.pianovi@speedy.com.ar -andreapianovi@yahoo.com.ar

Autorizo a publicar.

Las representaciones sociales sobre los aborígenes pampeanos durante el siglo XIX

Las imágenes del Otro

La realidad social, es producida en parte, por la construcción que realizan los actores sociales a partir de las relaciones que establecen. Al relacionarse intercambian ideas, informaciones, creencias a la vez que proyectan y llevan adelante acciones. Cuando estos proyectos se materializan, o forman parte de los discursos simbólicos, se puede sostener que esas representaciones son socialmente compartidas. En el siglo XIX, numerosas fuentes muestran registros de las relaciones que se producen entre la sociedad criolla, argentina y los aborígenes del norte de la Patagonia, precisamente pampas y ranqueles.

En todo proceso sociocultural, el referente sobre el otro es una constante, es abundante la producción que se realiza a partir de este siglo sobre las formas de vida de los originarios y sus descendientes. Estas representaciones fueron construidas desde un punto de observación hegemónico por lo tanto la desvalorización del otro es una variable que aparece en los textos explícita como implícitamente. Esta desvalorización es compartida por el conjunto social. La construcción del imaginario sobre los demás no es un proceso que se realiza en forma individual, sino social, porque es en ese intercambio que se produce en la comunidad que se originan las ideas sobre las identidades propias y del Otro. Generalmente, en esta construcción se determina que la identidad propia es la más lógica y natural. Desde esta perspectiva se juzga colectivamente las acciones, opiniones y creencias de los demás. Por esto, lo diferente es percibido e imaginado como lejano a esa lógica. Utilizando la expresión de Denise Jodelet, en su texto “Travesías latinoamericanas: dos miradas francesas sobre Brasil y México”, las imágenes del Otro (son) tratadas aquí como representaciones sociales, (...) y fundamentan la construcción de la alteridad.” (p. 102)

Para desarrollar el análisis de esta temática que centrara la mirada en la representación social sobre pampas y ranqueles desde el siglo XIX, se acudieron a dos textos elaborado uno por el Coronel Pedro A. García, santanderino, nacido en 1758 que integro la expedición del virrey Ceballos al Río de La Plata, y que mas tardíamente se incorporaría al movimiento que dio lugar a la Revolución de Mayo y consustanciado lealmente con esa causa se dedicaría a la problemática de la frontera con los indios, con los que tendría asiduo trato. Por lo expuesto el Coronel Pedro A. García sería destacado en 1810 a una expedición con el objetivo de proveerse en Salinas Grandes, resultante de ese viaje escribe su “Diario de un viaje a Salinas Grandes en los campos del Sud de Buenos Aires (1810)”, publicado por primera vez por la Imprenta del Estado en 1836.

Esta revolución cambio algunas prácticas políticas y los usos sociales, esto también se produjo con los aborígenes de tierra adentro. El gobierno revolucionario redacto decretos, leyes y todo tipo de disposiciones legales que tenían como fin cambiar la situación indígena, quizá con el fin de atraer a estos pueblos al movimiento de emancipación.

Este cambio de usos y costumbres con los considerados americanos como los criollos, se profundizo a pocos días de producirse la Revolución, el 8 de junio de 1810, cuando la Primera Junta “convoco a los oficiales indígenas que estaban desde hacia tiempo alistados en los cuerpos de Pardos y Mulatos. Una vez reunidos ante el secretario Mariano Moreno (doctorado en Chuquisaca con una tesis sobre el servicio personal de los indios), escucharon la Orden del Día, que disponía su igualdad jurídica, incorporándolos a los regimientos de criollos, sin diferencia alguna y con igual opción a los ascensos.” (Martínez Sarasola Los hijos de la tierra” Pag 100)

Por lo expuesto esta revolución trae aires de igualdad y de humanidad que marco diferencias con el régimen anterior, tanto es así que la Gaceta de Buenos Aires del 24 de enero de 1811 publicaba que nuestra jurisprudencia consideraba: “el indio es ciudadano y se halla bajo la protección de las leyes”.

Esta sociedad de las ciudades de comienzos del S XIX no manifiesta conflictos con aquellas de tierra adentro. La frontera, ámbito compuesto por varios espacios, se comporta pacíficamente desde los tratados virreynales del marques Loreto. No es un espacio conflictivo para la Primera Junta, que esta atenta a otros lugares, que si presentan oposición bélica. No hay motivos, en 1810, de preocupación ni intenciones de ocupación de esos territorios. El gobierno patriota pretende mantener la paz con el denominado “infiel”, atraerlos a la causa revolucionaria y que le sirvan de freno o tapón de los maturrangos, los aborígenes chilenos que se movilizaban en estas tierras. Don Pedro Andrés García se permite “manifestar a V.E. en el lenguaje de la verdad los males que pesan sobre nuestra campañas, la urgente necesidad de remediarlos, los medios de hacerlo, y cuantos bienes pueden resultarnos.” (Pag 23) Y esboza su plan de aculturación: “errado fue, y muy dañoso a la humanidad, el deseo de conquistar los indios salvages a la bayoneta, y de hacerlos entrar en las privaciones de la sociedad, sin haberles formado necesidades, ni inspirado el gusto de nuestras comodidades. Este plano, repito sostenido con tesón, imposibilitaría quizá la civilización de aquellos hombres, pero no expondría el estado a tantos males...” (Págs. 33-34). Deja muy en claro que la cultura dominante busca generar necesidades desde donde lograr una aculturación...

La caravana de García, estaba compuesta por unos pocos hombres (75) bastante mal pertrechados, eran 25 hombres de infantería, con dos oficiales subalternos y 50 milicianos solo armados con lanza que según su expresión no sabían utilizar. Partieron

de la Guardia de Lujan un 26 de octubre del año revolucionario, rumbo sudoeste. A poco de andar fueron sorprendidos por una “indiada numerosísima”, cercana a los dos mil indios preparados para combate, le pidieron al Coronel “permiso para acampar, alcohol y yerba, sobre todo alcohol, por el cual delira el salvaje” (Stieben pag 62). El coronel D. Pedro García escribe en su diario el lunes 29 de octubre: “los indios caciques y sus gentes que pedían permiso para entrar a tratar (y) que sus tratos son pedir aguardiente de regalo, o en cambio de algunas gergas y ponchos, y sin embargo de su su multitud, se pudo observar, sin que advirtiesen esta operación (Pag 57). (Esta actitud de los caciques de procurarse el control de los suministros esta registrada muy similarmente en el texto de Mansilla).

Al volver de su travesía, el coronel García presenta el informe a la Junta y el Diario de Marcha, son sus escritos, ricas muestras de su pensamiento y por ende de las ideas de su sociedad criolla, sociedad muy interesada en mirar al aborigen y su espacio....

Pasados 60 años del comienzo de la emancipación Domingo F. Sarmiento desempeña la presidencia, sabido es que se preocupa por la cuestión del aborigen. Fruto de esa inquietud escribe varios pasajes sobre ellos. En su calidad de mandatario decide enviar a Lucio Mansilla, un coronel de prestigio emparentado con el “tirano” Rosas.

Es así, como en la segunda mitad del mismo siglo, el XIX, en 1870 otro coronel Lucio Victorio Mansilla escribe “Una excursión a los indios ranqueles”, originado en la experiencia de su viaje, así como de la imaginación y de la perspectiva idealizada de los pueblos originarios. Este apasionante libro refleja la óptica de aquellos que en territorios alejados perciben al pueblo ranquel, como el diverso, diferente y con menos cualidades. Ambos textos tienen en su narración el contacto face to face, y la espontánea exposición sobre los aborígenes en las que emergen continuidades en el tiempo como la desvalorización del Otro, y se producen en ese discurrir temporal, algunos cambios en las formas de representación de esa otra cultura. Las construcciones culturales no son estables sino que son dinámicas y se reformulan en el proceso histórico...

El territorio del Otro

Tanto en el texto escrito por García así como el de Lucio Mansilla, hay registro de la importancia, para el pueblo argentino, de aquellos territorios mas allá de la frontera y que son ocupados por los aborígenes. Es que “el territorio del Otro es un lugar privilegiado para el juego del imaginario” (Denisse Jodelet, Ob.cit. Pág. 100).

El sitio de los pueblos originarios fue tipificado en el siglo XIX, con el termino “desierto” esto es un lugar deshabitado, vacío y silencioso, no hay en ese territorio, voces. Se lo representa en el imaginario de los argentinos, como una inmensa llanura, arenosa porque esta cubierta de medanos y sin ningún tipo de arboleda ni cultivo que produzcan riqueza.

Esta descripción anterior es la imagen que tenían las sociedades ciudadinas sobre el otro lado de la frontera cultural. Es una construcción negativa de las tierras en manos de los pobladores originarios y descendientes de la región nordpatagónica de La Pampa (ranqueles). Las alteridades construidas desde el siglo XIX tuvieron como objetivo preocupante esas tierras que fueron estudiadas, recorridas, valoradas, codiciadas para su ocupación.

La idea de ese desierto dominado por aborígenes era una cuestión por la que se lamentaban, García en 1810 afirma que “(ellos son) los males que pesan sobre nuestras campañas” (Pág. 23) y que, en cambio, “mil pueblos florecientes, en medio de los campos ahora desiertos, serán un monumento glorioso que cuantos ha levantado la vanidad de los conquistadores. Millares de familias contentas y rodeadas de la abundancia, entonan himnos más honrosos al gobierno que las afamadas producciones de poetas aduladores.”(Pág. 23). Esta cita muestra como ese recurso, la tierra es un desierto, es tierra vacía, en su visión más negativa que podría transformarse con la presencia de su grupo social en tierras de abundancia.

La representación es claramente bipartita: desierto equivale a tierra de aborígenes (polo negativo) y tierra de abundancia, (perspectiva positiva) es aquella que se prevé en un futuro bajo el propio control. El Coronel Pedro A. García en sus memorias informa al primer gobierno patrio “debemos acordar y convenir con los indios salvajes, para obtener la posesión de los terrenos a que aspiramos y establecer unas relaciones que los tengan en necesidad de nuestro trato (...). Este debe ser el fruto de nuestras tareas, si la comisión se maneja con destreza por un jefe que sepa hacer servir a las miras políticas del estado las numerosas tribus que infestan hoy esas inmensas campañas.” (Pág. 34). Mansilla justifica su viaje a Tierra adentro “para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, (...y entre otras cuestiones) inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez, quizá, tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis ordenes (...) a penetrar hasta sus tolderías...” (Pág. 11).

La idea de ocupación de ese espacio está instalada en la sociedad criolla, con la certidumbre que así se hará, previo a esto, los viajeros como García en 1810 y Mansilla en 1870 se dedicaron a apuntalar esa idea de ocupación, describiendo con muchos detalles el territorio que recorren, escribe Mansilla “La laguna del Cuero está situada en un gran bajo. A pocas cuadras de allí el terreno se dobla exabrupto, y sobre medanos elevados comienzan los grandes bosques del desierto, o lo que propiamente hablando se llama Tierra Adentro”. Estos territorios se consideran parte de lo que “es nuestra patria amada, en la que hay de todo y para todo...” Observa la riqueza de estas tierras “Ricos pastos, abundantes y variados; gramilla, porotillo, trébol, cuanto se quiera. Agua inagotable, leña, montes inmensos.” Esta solidamente instalada, en el siglo XIX, la idea de que esas tierras en manos de los criollos generarían pingües ganancias, por esto es necesaria, observarlas, conocerlas, para luego ocuparlas y abocarlas a la producción, Lucio Mansilla, representando a su grupo de pertenencia y siendo el vocero de sus proyectos escribe “Un estanciero entendido y laborioso allí haría fortuna en pocos años.”(Pág. 71) Palabras, optimistas y positivas, de un porvenir en que esas tierras tristemente vacías y nada fecundas estén en su poder. Esta valoración de no aprovechamiento del suelo justifica a sus ojos un proyecto expansionista.

La alteridad desvalorizada

La identidad es una representación de nosotros y también del otro a partir de una toma de conciencia. Estas representaciones sociales, como parte de la creación colectiva de una sociedad en un espacio y tiempo determinado, constituyen la herencia social que tiene la característica de irse transmitiendo, a través de las generaciones anteriores, por la enseñanza y el aprendizaje y tienen estas herencias la cualidad de ser histórica y sujetas a su proceso resultante de esto se producen la variedad, el cambio, la permanencia, conservación o evolución propios de las construcciones de las identidades

propias y del Otro. Jodelet en la obra que se ha citado afirma “Las imágenes del Otro serán tratadas aquí como representaciones sociales (y...) estas ultimas fundamentan la construcción de la alteridad” (Pág. 102).

En estos dos autores, coroneles ambos, cuyo mandato militar los lleva a introducirse a través de la frontera, cumpliendo algunos objetivos como el de estudiar la sociedad a la que se pretende llegar mediante un corrimiento de frontera, valoran, uno en 1810 representando a la Primera Junta y el otro 60 años mas tarde bajo la presidencia organizadora de Sarmiento, en forma negativa algunos comportamientos sociales de los aborígenes pampeanos.

Estas valoraciones adversas son un remanente en el imaginario argentino, su persistencia es observable aun hoy. Me refiero a la representación del aborigen como un borracho, achumao es el término ranquel para representar los efectos del aguardiente y el vino en estos grupos.

García describe en su diario de viaje a las salinas “los efectos de la bebida en el indio son los comunes, pero con una violencia y desafuero extraño: recuerdan los agravios hechos a sus mayores y deudos, y se empeñan en vengarlos en aquel acto, de que nacen frecuentes pendencias entre si, hiriéndose y matándose mutuamente a vista de sus caciques y padres, sin respeto a nadie... (Pág. 58).

En su no extenso texto, este coronel enviado comisionado en busca de sal, referencia persistentemente que para el aborigen “El emborracharse es una de sus mayores felicidades, y los caciques dan el ejemplo (...)” y afirma “La impertinencia de la embriaguez fue grande...” (Pag 68), entre tantas expresiones similares.

En “Una excursión a los indios Ranqueles” se produce la misma reiteración y machaconería con esta practica de los indios y la bebida. Las imágenes discursivas sobre el tema son continuas y del mismo tenor de García, afirma “que cuando se embriagaban no respetaban a nadie” (Pág. 24) y enseña a llamar en lenguaje ranquel a los borrachos como “gente achumada” (pag 181). Escribe minuciosamente las formas de beber del aborigen, demostrando la importancia que tiene en el imaginario criollo esta situación. “Los indios beben, como todo el mundo, por la boca. Pero ellos no beben comiendo. Beber es un acto aparte. Nada hay para ellos más agradable. Por beber posponen todo...Mientras tienen que beber, beben, beben una hora, un día, dos días, dos meses. Son capaces de pasárselo bebiendo hasta reventar” (pag 185) Mansilla profundiza en la temática del indio y el vino aclarando que “No teniendo aguardiente o vino, beben chicha o piquillín (...que) el acto esta sujeto a reglas (y comenta) se inicia con un yapai, que es lo mismo que dijéramos: the pleasure of a glass of wine with you? Para que vean los de la colonia inglesa que en algo se parecen a los ranqueles.” (pag186). Plantea una semejanza para dejar bien claras las diferencias: “Los indios empiezan por decir yapai, llenando bien el tiesto en que beben, que generalmente es un cuernito. La persona a quien se dirigen contesta yapai. Bebe primero el que invito...hasta que no queda una gota, llena después el vaso, copa o jarro o cuernito exactamente como el lo bebiera, se lo pasa al contrario y este se lo echa al colete diciendo yapai. Si el yapai ha sido de media cuarta, media cuarta hay que beber...” (Pag 186) y así puntualiza minuciosamente los hábitos de bebida de los aborígenes, mostrando lo significativo del hecho en la imaginación de los hombres de ciudad.

“El vino y el aguardiente corrían como agua, derramados por la trémula mano de los beodos, que ya rugían como fieras, ya lloraban, ya cantaban, ya caían como piedras, roncando al punto o trasbocando, como atacados de cólera. Aquello daba mas asco que miedo (...) Yo no quería que me sorprendiera la noche entre aquella chusma hedionda (...porque) en donde hay indios, hay olor a asafétida.

La adjetivación en el discurso literario de Lucio Mansilla denota un menosprecio hacia el Otro, que si hasta aquí formaba parte del imaginario, el refleja ese ideario en su texto escrito, siguiendo el correlato de desprecios que García plasmara en su diario de viaje de 1810 con tanto vigor cuando describía su encuentro con “las numerosas tribus que infestan hoy esas inmensas campañas” (pag 34). Queda establecido fehacientemente en el pensamiento de aquellos que tienen configurado al aborigen como el Otro, que ocupa preciadas tierras, es un achumao, dedica su tiempo a la bebida y pierde el control con ella. Es en el siglo XIX donde esta idea es potente “los indios se emborrachan.”

Este primer texto sobre las representaciones sociales de los aborígenes requiere una profundización y un análisis de muchas otras variables en la representación. Además se plantea la necesidad de observar los cambios y/o continuidades en el proceso histórico. Necesidades que nos llevan a seguir abocados a la tarea que hemos emprendido.

Andrea Pianovi
General Pico
Abril de 2011